

¿QUÉ Y CÓMO ENSEÑAR Y APRENDER LITERATURA?

Bárbara FERNÁNDEZ TAVIEL DE ANDRADE

Universidad de Castilla-La Mancha

No quiero, ni mucho menos, -aunque el título de esta comunicación así lo pueda parecer- caer en la osadía de pretender dar lecciones ni reglas de didáctica de una disciplina tan personalizada como es la literatura. Nunca ha sido más cierto aquel dicho popular de “cada maestrillo tiene su librillo”. Lo que pretendo aquí es exponer y compartir con ustedes una serie de reflexiones que me he ido haciendo a lo largo de mi experiencia estudiantil y docente para que, juntos, podamos acercarnos al problema de la enseñanza de la literatura y discutir de las posibles soluciones.

Muchos de nosotros, guardamos un recuerdo poco grato de nuestro aprendizaje de la literatura durante el Bachillerato. La sistemática acumulación y memorización de fechas, nombres de autores, títulos de obras y otros datos eruditos, nos permitían pasar el examen, conseguir el aprobado y un mes después olvidar todo o casi todo lo que habíamos aprendido. Pocos de nosotros recordarán haber leído algún libro (de los entonces permitidos y considerados obras maestras) durante el Bachillerato.

Actualmente en EGB la literatura va unida al aprendizaje de la lengua, lo cual no está mal como principio ya que el alumno empieza a familiarizarse con textos literarios y con algunos nombres de autores consagrados. Lo malo es que únicamente se ven algunos fragmentos y pocas veces se pone al alumno en contacto con el libro como objeto y como sujeto de una relación, diríamos con Barthes, erótica, (por el placer que puede producir su posesión, su tenencia táctil y su lectura). En lo que respecta a BUP, el amplísimo programa de los dos únicos cursos en los que se imparte esta asignatura -2º y COU-, no permite que el alumno pueda dedicarle mucho tiempo a leer, aunque me imagino que habrá muchos profesores de literatura que intenten hacer gozar al alumno con lecturas escogidas. ¡Y después nos duelen prendas cuando los estudios sociológicos nos aportan esas estadísticas escalofrantes! (siempre con ocasión del día del libro, todo hay que decirlo): los españoles no leen, y si leen es el periódico o las revistas.

A mi paso por la Universidad española comprobé que la enseñanza de la literatura no difería mucho de la que se impartía en Enseñanzas Medias: extensos y ambiciosos programas en los que tienen cabida todos los autores de todas las épocas -sea cual fuere la lengua en la que escriban- que permiten al alumno una visión panorámica y enciclopédica de la literatura, pero que le impiden por falta de tiempo y de espacio mental ese acercamiento personal al objeto "libro" (sólo un profesor me hizo y me enseñó a leer y a él le debo mi posterior interés por la Literatura). Algo más tarde, cuando preparé las oposiciones de Bachillerato de Filología Francesa, me encontré con la misma filosofía: amplísimos programas que abarcaban toda la Gramática, Lingüística, Historia, Geografía y toda la Literatura Francesa, desde el medioevo hasta nuestros días. Del mismo modo está concebida la oposición a Universidad; en el proyecto docente se ha de presentar un programa que compendie toda la literatura de todas las épocas y de todas las tendencias, es decir demostrar, una vez más, que lo sabes todo sin saber nada.

Según mis alumnos de hoy, en 1993, el principio de las clases de Literatura en la Universidad, tanto Española como Francesa, sigue siendo el mismo a pesar de la libertad de cátedra (todos hemos renegado del sistema, pero tendemos a perpetuarlo). Ahora se les obliga a leer libros, pero están sometidos a una presión tal (llegan a tener que leer más de 40 obras al año) que terminan por aborrecer la Literatura como tal, además de desarrollar la picaresca intercambiando lecturas, leyendo resúmenes, contraportadas, etc.

En algunas Filologías se halla incorporado la asignatura del Comentario de Textos que vendría a suplir en cierta forma esa carencia del contacto con los textos. Pero una vez más, el remedio es insuficiente para curar la enfermedad. El alumno adquiere ciertas técnicas para hacer sus comentarios, pero siempre -o casi siempre- esos comentarios se refieren a extractos, no a obras en su totalidad, lo que da como resultado lecturas 'fragmentadas', no totalizadoras.

En Francia, el planteamiento es diametralmente opuesto desde la primaria. La lectura de libros y la adquisición de técnicas de escrituras (resúmenes, comentarios o contracción de textos) están contempladas dentro de la clase de Lengua. Las instrucciones que da el Ministerio de Educación son a este respecto exhaustivas. Desde la 6^{ème} (equivalente a 7º de EGB) el objetivo del profesor es que el alumno no sólo aprenda a usar correctamente la lengua -tanto oral como escrita-, sino que el alumno deberá ser dirigido constantemente a comparar diferentes géneros y textos literarios entre sí o con otros textos de otra índole (prensa, científicos, humorísticos, etc.), aprendiendo así a situar autores y obras tanto en el momento histórico como en la historia literaria; todo ello con el fin de adquirir los rudimentos culturales para situarse en su mundo y comprenderlo:

"La función específica del profesor de letras es la de hacer reflexionar a los alumnos sobre los empleos diversos de la lengua y hacerles comprender que más allá de la lengua cotidiana, existe una lengua más plena y variada que es la de los textos literarios (...) En contacto con ellos, el alumno desarrolla su inteligencia y su espíritu crítico. Se inicia en una reflexión de unos valores que organizarán su vida y le

darán sentido. Aprendizaje de la lectura y formación de una cultura van íntimamente ligados”¹

Al final del primer ciclo (EGB) el alumno francés habrá leído como mínimo 15 obras literarias íntegras, un buen número de poemas y un sin fin de fragmentos de diferentes géneros. El que ha acaba su bachillerato, habrá leído más de 50 además de los poemas y fragmentos en la misma proporción. Es decir, que la lectura ocupa en el sistema educativo francés un lugar básico y fundamental.

Llegados a la Universidad, el estudiante francés de Letras continúa el hábito de lecturas totales de obras. Es el análisis de textos el que ocupará en este período el centro de interés de los estudios literarios, y este análisis es tan minucioso que no puede abordarse más que una o dos obras de uno o dos autores a lo largo de todo el año escolar, con el consiguiente abandono e ignorancia de los demás. Este sistema tiene sus ventajas e inconvenientes. Una de las ventajas es que el universitario llega a conocer en profundidad las dos o tres obras y el autor o autores del programa, completando las clases de su profesor con la investigación personal en las bibliotecas y otros libros de consulta, método al que, en teoría, el Bachillerato lo ha habituado. Al alumno se le estimula el gozar con sus lecturas y aprende a aplicar el método de análisis que le han enseñado a otras obras literarias. Este sistema es muy enriquecedor -aunque penoso- para el profesor pues cada año tiene que preparar programas, autores y obras diferentes lo que le supone a lo largo de los años un conocimiento amplio y profundo de la Literatura Francesa (o Española si son profesores de Español). El problema para los alumnos - y éste es un gran inconveniente- es que muchas obras importantes quedan olvidadas o ignoradas para siempre (a menos que repitan curso), y pocos son los que más tarde quieran o tengan tiempo de leer esas obras no estudiadas. Para los estudiantes franceses que continúan los estudios de Filología Francesa, este sistema es en cierta medida coherente pues se les supone un conocimiento general de su Literatura adquirido durante el Bachillerato. Pero en el caso concreto de los que consiguen la licenciatura de una Filología extranjera, como la del Español por ejemplo, y sacan las oposiciones de Instituto, el conocimiento global de los diferentes géneros y etapas de la Literatura Española es bastante exiguo, ya que para las oposiciones también aplican el principio de estudiar y analizar un número muy reducido de obras, como es lógico.

A nivel universitario, ambos sistemas son, a mi entender, insuficientes para adquirir una comprensión totalizadora del hecho literario en sí mismo y de las circunstancias históricas, sociales y culturales que lo han generado, pero pueden ser complementarios si se consigue dosificar las dos tendencias docentes.

En mi experiencia de estudiante y profesor universitario en los dos países he aprendido sobre todo a extraer lo que de bueno había en cada uno de los dos planteamientos y lo he intentado aplicar en mis clases de Literatura Francesa del siglo XVIII. El acierto en esta elección ha sido refrendado por el entusiasmo despertado en mis alumnos; para muchos de ellos -según me han confesado- ha sido la primera vez que han disfrutado con

¹ Ministère de l'Education Nationale, *Français. Langues anciennes. Classes de collèges 6^e, 5^e, 4^e, 3^e* (1992)

la literatura, y aunque han tenido que leer mucho, lo han hecho con sumo placer. Y a mi modo de ver, es eso precisamente lo que hay que buscar en la enseñanza de la Literatura: el contagiar el entusiasmo y el amor a los libros y a la lectura, cualquiera que sea el período, la lengua o el género que se estudie.

Antes de nada he de decir que el número restringido de alumnos, propio de una Universidad pequeña y de una especialidad en clara decadencia, me ha permitido aplicar y experimentar el método 'simbiótico' que me parecía más adecuado. Había dos circunstancias favorables a su aplicación: por un lado la libertad absoluta que me otorgó mi Director de Departamento para la elaboración del programa, y por otro las características especiales y atractivas del siglo XVIII francés, un siglo literario y filosófico y, a su vez, bisagra de dos tradiciones y de dos concepciones diferentes de la vida, de la cultura y de la literatura.

Pero, así y todo, estaba confrontada al gran problema de la elección: ¿qué obras y qué autores? ¿cómo abordarlos para conciliar por una parte la adquisición de esa visión amplia y panorámica de la producción literario dieciochesca exigida por la administración, y por otra el disfrute y goce de cada una de sus lecturas?

El eclecticismo hispano-francés que he aplicado en mis clases está lejos de ser modélico -además como ya dije al principio "cada maestrillo tiene su librillo"-; pero me gustaría que mi experiencia sirviera de reflexión y punto de partida a un posible debate. Debido al tiempo y espacio limitado de que dispongo sólo trataré de algunos puntos concretos que reflejen el método y la filosofía pedagógica utilizados.

El primer punto del programa lo constituye una introducción a lo que significó para Francia y para la Europa moderna al siglo de la Luces francés. En primer lugar, estudiar las circunstancias históricas, políticas económicas e ideológicas que propiciaron el paso de la cultura aristocrática del antiguo régimen del siglo XVII a la cultura burguesa que cimentó el siglo XVIII. El interés despertado en todos los ámbitos de la sociedad por los descubrimientos de la ciencia, el cuestionamiento de los principios filosóficos, ideológicos y religiosos que había transmitido el catolicismo, la implantación de las nuevas doctrinas económicas que propiciaba a largo plazo una distribución diferente de las riquezas, el desarrollo de la imprenta que extendía el acceso a la cultura a todo los niveles de la población y que preparaba el camino a un consumo masivo de la cultura y, por fin, el papel fundamental que desempeñarían los escritores y filósofos de la Enciclopedia en la concienciación de la clase burguesa de su poder real y de sus posibilidades futuras. Todo ello contribuiría a establecer las bases ideológicas y sociales para un cambio radical de la sociedad que se produciría al final del siglo con la Revolución y que marcaría el fin de las estructuras medievales y el principio de la sociedad contemporánea. Para desarrollar este gran apartado, me apoyé en documentos gráficos, cuadros y láminas de artistas franceses del XVIII, documentos históricos, e incluso la visualización de alguna película ambientada en la época para que los alumnos se impregnaran del ambiente del momento histórico que iban a estudiar.

El segundo gran apartado lo constituye un acercamiento a los dos grandes géneros literarios que más relevancia tuvieron en el siglo: la novela y el teatro.

El primero, despreciado como género menor por los que aún se aferraban a la tradición literaria del siglo anterior, se desarrollará ampliamente adoptando formas diversas, propiciadas precisamente por la ausencia de moldes rígidos impuestos por la tradición literaria. Los grandes autores del siglo utilizarán el género narrativo como vehículo privilegiado para exponer sus ideas filosóficas y literarias, además de introducir innovaciones en lo que a la escritura se refiere. El análisis estructural de una novelita - amena e instructiva, además de obra maestra en su género-, *Manon Lescaut* de l'Abbé Prevost, permitió a los alumnos hacerse con un método de análisis textual simple pero eficaz que les permitía la interpretación personal y gratificante de una obra literaria. La adquisición de los rudimentos fundamentales del análisis textual aplicados a esta obra, les permitió analizar otros textos narrativos y otros autores más relevantes, como Voltaire, Diderot y Rousseau, cada uno de ellos representantes de una visión de la vida y de la Literatura, diferentes entre ellas pero complementarias y representativas del siglo. El examen parcial consiste en el análisis de un fragmento de una obra ya leída aunque todavía no estudiada; disponen de cuatro horas y todo el material que ellos estimen necesario (incluso los dejo solos, a ser posible en la Biblioteca de la Facultad, para que puedan acceder a enciclopedias y diccionarios). Las preguntas van dirigidas a un aspecto concreto del análisis y tienen que responder a ellas poniendo en práctica todos los conocimientos adquiridos. Como es lógico, en este tipo de examen no caben ni memorizaciones, ni copiateos, ni chuletas. El desconcierto y sorpresa del principio dejan paso a la satisfacción y asombro cuando al final del ejercicio se dan cuenta de que han sido capaces de descubrir y crear ellos mismos una crítica coherente y personal del texto.

La segunda parte lo constituye el teatro. Género mimado por la monarquía y por los grandes autores del siglo anterior, el teatro experimenta en el siglo XVIII unos cambios fundamentales. Las capas populares comienzan a tener cada vez mayor acceso a las representaciones dramáticas y los autores son conscientes del poder de propaganda ideológica que puede alcanzar este medio. Se intenta romper con los moldes rígidos que el teatro clásico había impuesto en el siglo precedente: anular las cinco reglas del arte dramático, hacer más comprensible el texto escribiendo en prosa en lugar de en verso, tratar argumentos más cotidianos y familiares, en una palabra, llevar la mimesis teatral a su grado máximo, haciendo más verosímiles para el espectador los temas tratados.

El análisis textual de una obra dramática exige unas coordenadas diferentes de las de un texto narrativo, por ello se hace imprescindible abordar un texto teatral concreto de finales de siglo en el que se vea plasmado ese deseo de renovación del género. El elegido no es otro que *Las bodas de Figaro*, de Beaumarchais, considerado por muchos el pistoletazo que marca el comienzo de la Revolución de 1789 que clausura el siglo XVIII. Valiéndome de folletos y programas actuales, intento un acercamiento "sensual" de todo lo que significa "teatro": comparación de la diferente valoración que se otorga a los actores, personajes, equipo técnico que hace posible la realización de la obra, local (comercial o subvencionado) etc.; todo ello fundamental para comprender el hecho teatral en sí mismo y así llegar a hacerse una idea de cómo pudo ser el teatro en el siglo XVIII. En el análisis de las *Bodas de Figaro*, no sólo estudiamos el texto dramático sino que analizamos muy especialmente el valor del texto didascálico o acotaciones escénicas que

nos aportan informaciones muy diferentes y complementarias del diálogo teatral, y que quedan no borradas sino transformadas en la representación de la obra.

Esta obra de Beaumarchais nos da pie para compararla con otras obras dramáticas del siglo (Marivaux, Lesage, Voltaire...) y las nuevas tendencias teatrales (el "drama" con Diderot, Sedaine...); pero también nos sirve para abordar el tema de la ópera y de la música tan importante y problemática en el siglo XVIII. La significación ideológica y la transcendencia social y artística de la *Querelle des Bouffons*, en la que participan la mayor parte de los enciclopedistas, nos informa de la influencia intelectual que puede tener en la sociedad el autor literario. Posteriormente, la comparación de la obra de Beaumarchais con la ópera de Mozart del mismo título nos permite sensibilizar al alumno ante el hecho musical. Acostumbrados a la estridente música moderna, la propuesta de audición de una ópera les resulta descabellada; conocedora de su 'incultura' y aversión operística, se lo planteo como un juego. Habiendo adquirido ya cierta familiaridad con los protagonistas de la pieza y sus características personales, se trata ahora de oír algunas de las arias más famosas y de atribuírselas a los personajes correspondientes: no caben en su asombro cuando descubren que son capaces de otorgar la voz, la cadencia y el ritmo al personaje adecuado. La ópera deja de ser para ellos aburrida, esotérica y algo plagado de gorgoritos incomprensibles para comenzar a convertirse en algo hermoso y asequible.

También abordamos del mismo modo la obra colectiva que supone la *Encyclopédie*, compendio de todo el saber de la época y pilar fundamental de la filosofía cultural, social y científico de la nueva era que comienza. Este tema se ilustra igualmente con materiales entresacados de algunos tomos, pero sobre todo, y siempre aprovechándome del número reducido de alumnos, me da pie para hacer una visita a la Biblioteca Nacional de Madrid y poner en contacto directo al alumno con los fondos de la Biblioteca y en particular con la obra monumental que es la *Encyclopédie*.

Y si todavía nos queda tiempo abordamos un campo marginal que nunca es tratado en la Universidad y que me parece tener una gran importancia cultural y social: la literatura popular de los almanaques, cuentos, canciones, recetas y otros productos de la *Bibliothèque Bleue* que integran el legado de la cultura popular y tradicional.

Esto es lo que yo les ofrezco y lo que forma parte del programa. Pero los alumnos no se limitan a ir a clase, a escuchar y a hacer el examen. Hay también una serie de trabajos prácticos que han de realizar a lo largo del curso y que son complementarios de las clases recibidas. Estos trabajos son:

1. Lectura de 10 obras íntegras de diferentes autores del siglo (en las que pueden entrar las ya estudiadas en clase)
2. Fichas de lecturas de cada una de ellas
3. Elegir un tema (autoridad, mujer, religión, placer, etc) a principio del curso y ver como está representado en todas y cada una de las diez obras leídas, e ir recogiendo citas que aludan al tema elegido. Al final del curso deben exponer oralmente (en francés) delante de sus compañeros para que éstos se beneficien también de sus investigaciones.

4. Leer conjuntamente una obra de crítica literaria (*Figures III* de G.Genette) y exponerla en clase.
5. Escoger una de las 10 obras del programa y aplicar el método analítico desarrollado durante el curso.

Como puede apreciarse por todo lo expuesto, lo que he intentado es combinar esa visión amplia y panorámica del siglo XVIII con el análisis circunstanciado de algunas obras y autores más representativos, sin desdeñar algunos aspectos marginales relacionados con la literatura, el arte y la sociedad. Y siempre teniendo presente que el aprendizaje de la literatura debe ser tanto para el alumno como para el profesor, no sólo un vehículo fundamental en la adquisición de cultura (en el sentido más amplio), sino también, y sobre todo, una fuente inagotable de placer.